
La ciencia política a fines del siglo XX

Raúl Cardiel Reyes

Si lanzamos una mirada panorámica sobre las diversas formas del conocimiento de la política, en este fin de siglo, podrían destacarse tres formas básicas que ese conocimiento muestra en nuestros días.

La primera es la filosofía, que se propone examinar, en su conjunto, la política, partiendo de una precisa teoría sobre el hombre y la sociedad. Con base en ella, la filosofía trata de encontrar el sentido, la finalidad básica de la política que consiste en diseñar la forma de la organización social, y las facultades y derechos que en ella han de tener individuos y sociedad. Es una actitud valorativa que señala lo que debe ser, los valores sociales,

La segunda forma de estudiar la política es el método estrictamente científico. No se trata de valorar o de legitimar ciertas formas de organización política, sino de describir simplemente la realidad social, que las rodea y las circunda. Pero como esta realidad es la sociedad, el momento, el medio social, en el que operan, vale decir tanto como que se trata de describir la estructura social que los sustenta. Por lo mismo, la actitud científica equivale a trabajar en una sociología política, en la que se estudiarán

las estructuras políticas, los sistemas, las ideologías que operan en forma efectiva, los grupos sociales, las instituciones, etcétera. Una actitud neutral ante las valoraciones, que sólo le importa presentar la realidad, tal como es.

El tercer modo de estudiar la política es el análisis llamado político, que consiste en aislar una situación, cualquiera, o hechos más particulares, como una decisión específica, una declaración, un acto singular, la actuación de un personaje o un grupo determinado, la forma de una institución, etcétera.

El análisis político es, por lo mismo, como un instrumento de estudio, examen sobre hechos particulares, sin entrar en el estudio de hechos generales, como los sistemas, las ideologías, las formas de gobierno mismas.

Estos tres modos de acercarnos a la realidad política indican un diferente nivel del conocimiento, en los cuales la misma realidad se examina, desde diferentes métodos.

El filosófico es el primero que aparece en la historia de la cultura. Se propone estatuir los valores, los fines, las metas a que aspiran las organizaciones políticas. La razón por la cual haya sido el primer modo del conocimiento es que el Estado es una estructura artificial, una organización creada deliberada y conscientemente. No aparece en forma espontánea o natural como la familia, las tribus, que surgen como una consecuencia necesaria de las condiciones en que se desenvuelven los grupos humanos, sino que es una organización cuyos fines y formas deben fijarse y crearse, en una reflexión más o menos detenida. Por eso debe discurrirse, analizarse, los pormenores de su formación. La autoridad que un hombre o grupos de hombres se atribuye sobre los demás hombres surge por motivos o razones previamente establecidos. Cuando Herodoto presenta las tres formas de Estado, que en sus tiempos eran conocidas, como la monarquía, la aristocracia y la democracia, expone las razones por las cuales las han adoptado las diferentes comunidades que se rigen por ellas. Es probable que esta exposición del ilustre historiador griego se sirviera de algún estudio anterior o de un escritor o maestro, como los sofistas. El candidato más probable es Pitágoras, que es de seguro el verdadero fundador de la filosofía y la ciencia política. Las reflexiones que los pensadores griegos dedicaron a la organización política no se limitaban simplemente a dar cuenta de su

existencia y describir sus rasgos más sobresalientes, lo que correspondería a lo que hoy señalaríamos como conocimiento empírico o científico, sino a establecer los fines o valores a los que debe aspirar esa organización y que son su razón o causa final. Por motivos obvios prevaleció el interés sobre los fines más que sobre los medios. Estos fines eran morales como el bienestar particular o general, la justicia, la simple ambición de poder y la gloria que lleva consigo. No sin razón, Aristóteles llamaba, a la ciencia política, la más alta y excelsa de las ciencias morales.

Podría decirse que, en términos generales, la actitud filosófica o moral, como fue denominada también, prevaleció hasta la aparición de la sociología, a principios del siglo pasado, con las reflexiones de Saint Simon y las metodológicas investigaciones de Augusto Comte después.

Comte pretendía aplicar el método científico a los hechos sociales, tomados en su sentido más general, considerando, con razones que ahora aceptamos ampliamente, que era necesario conocer la realidad política misma, sin hacer valoraciones o postulaciones puramente humanas sobre el proceso histórico. Sin embargo, ahora puede decirse, con amplio consenso científico, que la actitud de Comte no era puramente científica, como el lo pretendía, pues toda su concepción sociológica estaba permeada por un gran principio filosófico, como era la ley de los tres estados, que se cernía como la ley general suprema y universal sobre toda la historia humana. Esta ley correspondía al concepto de una filosofía de la historia que pretende investigar el sentido final y la tendencia natural, fatal e inevitable que rige el proceso histórico. También implicaba esta ley de los tres estados el concepto, ahora considerado erróneo, de que no era la voluntad humana, y por lo mismo la libertad, cualidad propia e ingénita del hombre, un factor importante y decisivo en el proceso histórico.

Excusado está decir que la teoría comtiana implicaba la idea de mecanismo, un sistema rígido y necesario que rige las relaciones de las fuerzas naturales y que tiene las cualidades que Comte atribuía a la ley de los tres estados. Con la necesidad propia de las leyes naturales, Comte creía que era posible prever los diferentes estadios de la historia y por lo mismo definir con toda claridad el futuro político de las sociedades europeas. Llegó incluso a describir

el perfil y los rasgos más importantes de esas sociedades. La idea de Comte de que sólo la metodología de las ciencias matemáticas y naturales era el verdadero conocimiento, lo llevó a tomar como paradigma de la estructura social el sistema de fuerzas que presenta la física en el sistema planetario, por ejemplo, y buscar en toda estructura un sistema determinado rígidamente por las leyes naturales que lo gobiernan. Esto implica, por supuesto, la creencia de que cualquier conjunto de elementos, interdependientes entre sí, forman un sistema que se conduce como un mecanismo natural, y que las causas eficientes, únicas que reconoce la física deben ser también las que regulan los fenómenos sociales. La sociología de Augusto Comte era de una clara índole naturalista, materialista y determinista. Como todo conocimiento científico es verificable, porque permite, entre otras cosas, prever los hechos futuros, la sociología comtiana se convirtió en una sociocracia, pues indicaba, con precisión y claridad, la forma política entrañada en las tendencias sociales de cada época, conocimiento de primera importancia en momentos como los que caracterizaban la primera mitad del siglo pasado, en que las naciones europeas abandonaban el régimen feudal sin encontrar aún la siguiente organización política que habría de sustituirlo. Comte estuvo seguro que su sociología contestaba, con la firme seguridad del conocimiento científico, esta grave preocupación de su tiempo.

A fines del siglo pasado el positivismo se derrumbó, como sistema filosófico. La sociología tomó otros caminos metódicos, de los que son ejemplo la sociología estructuralista y funcionalista, así como la sociología comprensiva y espiritualista. De este cambio en la concepción de los fenómenos sociales es un ejemplo excelente la sociología del maestro Antonio Caso, publicada por primera vez en el año de 1924.

El resultado ha sido haber reducido la sociología a un saber puramente científico, que se limita a un conocimiento objetivo de la realidad, neutral ante los problemas morales o de valoraciones de las sociedades humanas, y que sólo pretende entregarnos la realidad escueta tal como es, sin juzgarla o calificarla.

Por supuesto que mantener una actitud objetiva e imparcial ante los fenómenos sociales es particularmente difícil. No pocos científicos estiman su deber señalar las ventajas o los perjuicios de

instituciones o modos de comportamiento. Esto no implica violar la actitud objetiva de toda ciencia. Las investigaciones que se proponen, por ejemplo, mostrar en la práctica las ventajas de la empresa privada o de la socialización de los medios de producción deben considerarse alegatos, con base empírica, de posturas doctrinales de carácter claramente morales o filosóficas, que implican actitudes valorativas, que se sostienen en fundamentos diferentes a los puramente empíricos y que, por lo mismo, trascienden los límites de la ciencia para entrar en el puramente filosófico. Nadie puede negar a cualquier pensador e investigador su derecho a valerse tanto del método científico como del filosófico y presentarlos unidos, mezclados y bien estructurados en su trabajo. Lo que aquí se niega es el presentar las tesis doctrinales como algo comprobado por la pura experiencia, sin recurrir a los métodos racionales de la filosofía, pretendiendo que las posturas valorativas son parte inseparable de la realidad, como el color, el movimiento o la masa de las cosas materiales. Lo cual significa ignorar la diferencia entre lo real y lo ideal, entre el ser y el deber ser.

Pero además mezclar de este modo lo empírico y lo valorativo, como si fueran una misma realidad, implica que los valores pueden probarse como se prueba la masa, el calor o la velocidad de los cuerpos, hechos que existen por sí mismos, sin intervención de la voluntad o la conciencia humanas, lo que cambia básicamente la naturaleza propia de los valores.

Sin embargo, a fines del siglo pasado se inició una reacción universal en el campo de la filosofía que reivindicó la realidad propia de lo subjetivo, de las entidades puramente ideales, no sólo como las formas matemáticas sino las valorativas propiamente dichas. El resultado ha sido restaurar en la sociología el verdadero carácter que le corresponde, una ciencia de la realidad que usa los métodos de la observación y la introspección para analizar y examinar los hechos sociales, que por su propia forma de existir, tiene dos aspectos que se penetran y fusionan como son lo objetivo y lo subjetivo, pero presentándolos, tal como se dan en la realidad y no como lo desea o lo cree el investigador. Se incluyen en la observación sociológica lo mismo los actos humanos en su aspecto externo, así como los hechos subjetivos que los acompañan. La relación que se establece entre uno y otro depende de la propia

conciencia, que da fe de esa relación y aun la establece por sí misma.

De este modo corresponde a la sociología el conocimiento directo de los hechos sociales, sus formas, sus conjuntos y totalidades, y las interdependencias que se constituyen entre los hechos sociales, constituyendo estructuras y sistemas que tienen un valor y un significado propios.

Vista de este modo, la investigación sociológica no se confunde con la filosofía, sino que complementa sus conocimientos reales con los ideales y los especulativos de esta última.

La reacción que podría denominarse espiritualista, de fines del siglo pasado, trajo como consecuencia un resurgimiento de las antiguas filosofías idealistas que aparecieron, como el neokantismo, el neohegelianismo, el neotomismo etcétera. Entre otros "neos", el que mayor auge obtuvo a partir de los años veinte de este siglo fue el neopositivismo que luego se subdividió en otra tendencia, igualmente importante, denominada simplemente análisis lógico.

No es particularmente importante tratar de señalar las posibles causas o motivos que dieron nacimiento a estas corrientes filosóficas. Pero podría considerarse, en especial, no sólo el gran crecimiento del movimiento científico, como la teoría de la relatividad, la teoría nuclear, la mecánica ondulatoria y otros descubrimientos que hicieron crecer enormemente el movimiento científico en el mundo. Los sabios que integraron el famoso Círculo de Viena tuvieron como propósito fundamental, según el parecer de muchos de sus autores, el proporcionar a la ciencia los supuestos filosóficos que le eran absolutamente indispensables para un consciente y racional desempeño de sus investigaciones.

Este propósito inicial ha sido la principal limitación de esta corriente filosófica, que la ha llevado a una serie de conclusiones conocidas de todo el mundo culto y de la comunidad científica: la ciencia proporciona un conocimiento perfectamente comprobado y comprobable por todos; el método científico contiene todos los pasos y procedimientos para probar sus conocimientos; el objeto de la ciencia es el conocer los hechos que constituyen la realidad, cuya existencia certifican y prueban las percepciones sensoriales. Las percepciones sensoriales que nos proporcionan los datos de que se vale la ciencia deben estar exentas de todo tipo de supuestos

o elementos derivados de la subjetividad humana; la objetividad propia de la ciencia sólo la poseen los datos puros de la experiencia y los conocimientos perfectamente comprobables que resultan del proceder científico.

Dos resultados muy importantes para la cultura, en su conjunto, han sido las siguientes conclusiones a las que ha llegado el neopositivismo de nuestro tiempo: las ciencias morales, históricas, metafísicas, y las teorías estéticas y del arte carecen de base objetiva y, por lo mismo, no pueden ser susceptibles de una "verificación" científica, no tienen validez racional ninguna y no pueden decirse que son ciertas o falsas, buenas o malas. Su única validez es la que le otorga la subjetividad humana, en singular, pero sin poder hacer valer ningún fundamento objetivo. Lo cual significa, lisa y llanamente, afirmar el nihilismo moral, histórico y social de nuestro tiempo.

Este método del análisis lógico se ha aplicado al estudio de los fenómenos políticos de diferentes maneras, pero siempre prescindiendo de hipótesis y tratando de describir ciertos fenómenos, en sus aspectos externos y en sus relaciones, tal como aparecen a los ojos de un observador. El resultado obvio de estas posiciones metodológicas es la multiplicidad de estudios en los que difícilmente se encuentran similitudes o coincidencias que permitan conclusiones de orden general. Existe, dice un investigador (Oran Young, *Sistemas de ciencia política*), tal proliferación de estudios o teorías que no es posible encontrar algo que permita su comprensión general. Esto nos parece la consecuencia natural de acercarse a los fenómenos sociales como un observador se acerca a un sistema planetario extraño, del todo ajeno a las experiencias humanas, de tal modo que es necesario partir puramente de lo que proporciona la observación más rigurosa.

El concepto de sistema general con el cual trabaja normalmente una serie de investigadores es un instrumento conceptual propio de los científicos en los campos matemáticos o físicos. Algunos teóricos pretenden prestar un gran servicio a la ciencia política trasladando ese concepto a la ciencia política, estimando que la búsqueda de un sistema en esta ciencia es primordial. Pero con ello cometen graves equivocaciones que sólo han conseguido crear confusión y desorientar a los estudiosos de la politología. Con las

premisas del análisis lógico se pretenden examinar los hechos políticos, se hacen a un lado o se ignoran aspectos fundamentales de estos hechos, con lo cual no sólo desfiguran lo político, sino que destruyen en su carácter propio y su naturaleza o esencia más especial. Ante todo, el hecho de todo fenómeno político, por el hecho de formar parte de una totalidad de sentido, como son las estructuras sociales, en las que la conciencia humana les da sentido e intencionalidad, no puede considerarse un elemento al estilo de las entidades físicas que estudian los analistas científicos. Equiparar los sistemas políticos a los sistemas físicos es el error más grave que puede cometerse. Uno de esos teóricos asegura tranquilamente: "Supongamos que, partiendo de la noción de que el poder es real y sirve como medio de control, tomamos una serie de modelos estrechamente vinculados con la mecánica clásica (James G. March, "El poder del poder", en el libro *Enfoques sobre la teoría política* de David Easton, p. 88). Después de esta afirmación el autor nos despacha complejas ecuaciones matemáticas que considera aplicables para descubrir los victoriosos en unas elecciones locales.

Un destacado miembro del Instituto Carnegie de Tecnología se propone encontrar un método ideal, perfecto diríamos, para explicar una toma de decisiones, los resultados de una votación cualquiera, por ejemplo. Propone una encuesta entre todos los votantes, cuyos resultados deberán establecer las reglas válidas, que permitan anticipar todas las respuestas a las preguntas de la encuesta, considerando ciertas condiciones estables. "Queremos una teoría dinámica valedera, dando al término dinámica exactamente el mismo sentido que se le da en el campo de la mecánica" (Herbert A. Simon, en el libro de David Easton, *Enfoques sobre la teoría política*, p. 34).

Podrían multiplicarse ejemplos parecidos para mostrar que los científicos, que practican el análisis empírico con los rigurosos métodos de las ciencias matemáticas y físicas, no pueden menos que servirse de los paradigmas que han dado éxitos, en esas ciencias, entre otros casos el de mecanismo.

Es, por lo demás, sencillo hacer evidente que un mecanismo físico carece de los atributos o datos que caracterizan e identifican los fenómenos sociales, es decir los actos humanos, ambos de naturaleza subjetiva, que no aparecen en un simple fenómeno físico, a saber la intencionalidad y la libertad, por lo que estas teo-

rías están viciadas de origen desde el momento que desplazan o desconocen lo que es propio de los fenómenos que quieren estudiar. Si se quisiera caracterizar, de un modo general, estos procedimientos científicos se podría decir que deshumanizan los hechos políticos, porque es algo evidente, y que no necesita ser probado, que todos los fenómenos procedentes de la conducta humana están todos de su propio carácter, la humanidad, lo propio del ser humano.

Por supuesto que este defecto resulta lo característico de todas las teorías que aplican la metodología "científica" (así entre comillas), y que les da por resultado concepciones de carácter determinista, mecanicista, y por lo mismo materialista, como ha sido el caso del marxismo clásico, de la sociología comtiana y otras que sería tedioso enumerar.

No obstante, el análisis como método de investigación social puede utilizarse, prescindiendo de los supuestos del empirismo radical, que se han señalado antes. Las metodologías, procedimientos, tipologías y técnicas se describen y explican excelentemente en el libro de Paul Lazarsfeld *Principales corrientes de la sociología*, por lo que no es necesario detenernos más en este asunto. Sólo agregaremos que este método analítico, manejado con estrictos criterios sociológicos, es el que se emplea en la actualidad en el examen de los más recientes o notorios acontecimientos políticos del momento y es el que llena las páginas de los periódicos, revistas y aun las pantallas de la televisión. Es difícil, por otra parte, que en estos medios de comunicación se puedan abordar las más grandes cuestiones de la política o la ciencia social, pues los temas estrictamente técnicos no retienen la atención del gran público.

El procedimiento analítico es necesario y adecuado para conocer los hechos particulares o las situaciones especiales que atraen la atención de la opinión pública alimentada, generalmente, por los exámenes de este tipo.

Parece conveniente ocuparnos ahora de otro aspecto del pensamiento político, que no sea el puramente metodológico que hemos empleado hasta este punto. Nos referimos a los grandes problemas que aquejaron este siglo veinte.

Parece claro que a principios de este siglo el sistema democrático sufrió una grave crisis. En primer lugar, el socialismo se levantó resueltamente contra la democracia, que llamaremos liberal, seña-

lando vicios y errores graves que exigían su total desaparición o su radical transformación. Esto concitó un movimiento social entre las clases populares, no solamente las obreras, sino también las campesinas y la parte baja de la clase media, todo ese estrato social de bajos o insuficientes ingresos, que se vieron reflejadas en las críticas socialistas, especialmente en las marxistas que por su radicalismo y violencia conquistaron, desde sus primeras manifestaciones, el favor de aquellas clases necesitadas. La miseria y el desamparo de las clases populares no fue sólo “la cuestión social”, como se le llamó así por estimarla la primordial entre todas las que surgían en los medios sociales de entonces, abordada por especialistas como sociólogos, economistas y políticos, sino tema de alto valor moral y social que atrajo la pluma de escritores como Carlyle o Hugo, o más de poetas, historiadores y de simples *dilettantes* o escritores de amplias perspectivas que ahora denominamos ensayistas. Al parecer todo el mundo culto se volcó hacia la necesidad de hacer frente a la cuestión social. Parece ocioso decir que aun en estos días postreros no regateamos al tema su crucial importancia social. Sin embargo, diferimos de la actitud de fines del siglo pasado y principios de éste en que no consideramos la cuestión social como una clara manifestación del fracaso de la democracia para resolverlo y de buscar otra forma de sistema político que hiciese frente con eficacia y justicia a este problema.

Las soluciones que surgieron frente a la necesidad de resolver la cuestión social fueron las que ahora mencionaremos, con todo el dramatismo y la fuerza que cobran las que se presentan como supremas salvadoras de una época: el comunismo, el fascismo, el nazismo y el liberalismo social.

De las formas totalitarias queda ahora poco qué decir. Su solución fue la fuerza pura, todopoderosa, de un gobierno absoluto, avasallador de todos los sectores y clases sociales, a los que se imponía en forma que no admitía disidencias, ya fuesen menores o mayores. Buscó esa fuerza que arrastra todo un pueblo o toda una nación en las tradiciones más hondas y respetadas, ya fuese la raza, como en el nazismo; la tradición medieval, como en el hispanismo; el imperio latino, como en el fascismo, o la misión sobrenatural del dominio asiático, como en el Japón. Sería excesivo decir que fue el poderío de las fuerzas militares, puestas en juego, el que decidió la

contienda entre democracias y totalitarismos. La razón fundamental radica, sin duda alguna, en la falsedad de su posición básica, en el recurso desnudo de la fuerza, y en el descubrimiento de que no era la democracia la culpable de la existencia de la cuestión social.

Pero la oposición más dramática fue la que se estableció entre comunismo y democracia hasta que finalmente se descubrió que la solución no estaba en otro sistema que no fuese la democracia.

El marxismo se presenta como una vasta filosofía de la historia, que señala cada una de las etapas por las cuales han de transcurrir forzosamente todas las sociedades humanas. La democracia occidental la ve simplemente como la forma política del sistema capitalista, que es la estructura económica fundamental. De los vicios del capitalismo tendría que surgir necesariamente la sociedad futura, la sociedad comunista. Pero los intelectuales de vanguardia, que conocen los secretos del porvenir, pueden impulsar el cambio histórico, sublevando las masas obreras, para destruir el capitalismo e instaurar un régimen de transición, el socialismo, que construirá la sociedad comunista. Estas premisas convirtieron a los comunistas en enemigos acérrimos del capitalismo y los condujeron a una lucha sin cuartel, a muerte, porque sólo el colapso total del capitalismo podría dar paso al comunismo.

La democracia y el sistema capitalista vieron en el comunismo antiguos vicios económicos y políticos, ya conocidos históricamente, como las dictaduras, los obstáculos al libre mercado, la negación de las libertades públicas como la cultural, la política y la económica, y se lanzaron a la lucha total a la que los invitaba la doctrina marxista.

Ambos sistemas han luchado, a través de este siglo veinte, por alcanzar el predominio, si no absoluto, cuando menos general, sobre todas las naciones y pueblos de este planeta. El propósito evidente de este intento de dominio ideológico mundial ha sido el obtener, de este modo, un poder político de orden mundial.

Lo que dejó claro la Segunda Guerra Mundial fue que los gobiernos denominados "totalitarios" no eran diferentes de la forma política adoptada por los gobiernos socialistas. Sin embargo, si no hemos caracterizado la pugna de este siglo como una oposición entre totalitarismos y democracias es porque la segunda mitad de este siglo lo fue sólo entre liberalismo y marxismo, que es el periodo a que trata de reducirse esta parte de nuestro trabajo.

Esta pugna convirtió todo el siglo veinte en la era de las ideologías, en la que se disputaba no solo el dominio doctrinal sino también el poder político.

La oposición de ambos sistemas tomó la forma de una violenta polémica sobre el Estado más justo y más viable. Uno de los vicios derivados de esta circunstancia fue la politización que se ha llamado el gran vicio del siglo XX. Pero no fue el único.

La polémica dejó desacreditados los dos sistemas opuestos, lo que implicaba el rechazo tanto al comunismo como al capitalismo. Estos términos, a su vez, indicaban que el terreno en el que se debatía la contienda era no sólo el puramente económico, sino la totalidad de los principios en que se apoyaban ambas posiciones.

El capitalismo quedó señalado como un sistema fundado en la explotación de los ricos sobre los pobres, en un rudo sentido material y utilitario de la vida, y en una falsificación de la cultura, a través de la cual se pretendía legitimar el orden social y político, ocultando los rasgos negativos y reprobables del sistema.

El marxismo desacreditó ampliamente la vida social de las democracias, especialmente su desarrollo económico, al que señalaba como puramente unilateral, favorable sólo para los ricos; a la moral burguesa que sostenía la propiedad como fruto del trabajo y de la inteligencia y condenaba la irresponsabilidad y holgazanería de las clases pobres.

Desacreditó la ciencia que llamó burguesa, por su pretendida y elogiada objetividad, cuando el marxismo sostenía que la división de clases hacía imposible toda objetividad.

Desacreditó las formas de la democracia, sus constituciones, sus divisiones de poder, sus elecciones populares, porque todo esto le parecía un fraude de las clases poderosas.

Esto trajo como consecuencia, como todos lo saben, desastrosos vicios sociales y políticos. Se negó la moral, por lo que se consideraba lícito el robo de las propiedades de una clase que las había obtenido por el fraude y la complicidad del gobierno. Se justificaron los actos de violencia y los asesinatos de los miembros de una clase corrupta e injusta como los capitalistas. Es caso imposible, aunque innecesario, describir todos los daños que se causaron en las esferas moral y social.

Por otra parte, la democracia asestó, a nuestro modo de ver, los

golpes definitivos contra el marxismo y el sistema comunista. Hizo ver, una y otra vez, la degradación de la vida social bajo los sistemas comunistas. La calidad de esclavos, en una sociedad, en la que no se les reconocía más derechos que los que les otorgaba el Estado; en donde no podían criticar al gobierno o expresar simplemente opiniones distintas, sin sufrir los más serios castigos y padecer represalias; en donde se vivía en condiciones miserables, sin los elementos materiales que requiere una vida de comodidades mínimas.

Pero tal vez lo más degradante de la vida en los países comunistas fue la falta de libertad cultural, que les impedía informarse, sin ninguna limitación, de lo que acontecía en el mundo exterior; de conocer las corrientes científicas, literarias o sociales. Estas limitaciones se extendían aun a los bailes populares de otros países, y a una serie de costumbres inocentes pero que eran vistas como manifestaciones del espíritu burgués que debían rechazarse totalmente, por ser incompatibles con el nuevo espíritu que dominaba esas sociedades.

Lo que se hizo por lo mismo patente, en la crítica de las democracias a los sistemas comunistas, fue que representaban la dictadura más sólida y compacta conocida hasta entonces, porque suprimían las tres libertades fundamentales de las sociedades modernas: la política, la económica y la cultural.

Es necesario hacer notar que los problemas sociales del crecimiento económico en los países capitalistas que trajeron consigo los movimientos obreros, el cooperativismo, los problemas de los ciclos económicos, las reacciones que provocaron la opresión que ejercían los grandes monopolios obligaron a los gobiernos a intervenir en la esfera económica, en contra de los más sagrados principios de la ciencia clásica de estos fenómenos, estableciendo una serie de medidas que cambiaron la fisonomía de la democracia individualista y capitalista del siglo pasado en la democracia social de fines del siglo veinte. Además de las circunstancias mencionadas, es justo agregar el impacto de la crítica de las doctrinas socialistas y propiamente marxistas en el ánimo público, en la conciencia social y en las comunidades científicas, que hicieron que las instituciones sociales rebasaran los límites de las ideologías y que antes que se consagrasen científicamente esta modificación sustan-

cial del liberalismo mismo y de los sistemas democráticos, la práctica política había modificado la realidad social de los países desarrollados, antes de la Segunda Guerra Mundial.

Las tendencias sociales del siglo pasado llevaron lentamente el liberalismo clásico, el que podemos denominar burgués, que adopto como su credo básico los principios de la escuela manchesteriana que deja la economía totalmente abandonada a las leyes del mercado, la oferta y la demanda, y que considera punto esencial la abstención del Estado en la esfera económica, a transformarse en el liberalismo social, en el cual, sin abandonar las estructuras de un Estado Constitucional, en donde rigen las reglas básicas de la democracia y el reconocimiento amplio a los derechos individuales, opta por intervenir en la esfera económica y social, implantando diversas medidas en apoyo de las clases sociales más débiles económicamente, controlando los salarios, estabilizando los precios, dando subsidios a la iniciativa privada, en donde lo cree necesario, estableciendo una gama amplia de servicios sociales en materia de educación, salubridad y vivienda, para mitigar las desigualdades que produce ciegamente el crecimiento económico. Aunque la ciencia económica mantenía cerradamente sus más puros principios, en el campo de la ciencia política se hacían notorios avances hacia programas oficiales que establecían diversas medidas de asistencia social.

Podría citarse el caso de Inglaterra donde, por diversas circunstancias que no es necesario apuntar ahora, se adquirió de pronto, a fines del siglo pasado, una conciencia clara y pública de las condiciones de miseria y desamparo en las que se encontraban sus clases populares más pobres. Es interesante recordar el proyecto de la Casa Toynbee, en Whitechapel, el barrio más pobre de Londres, que se dedicó a estudiar las condiciones de las clases pobres y a proporcionar ayudas diferentes y contribuir a llamar la atención pública sobre las condiciones de esas clases. En ese proyecto iniciaron sus estudios sobre las condiciones de las clases pobres, tanto William Beveridge como R.H. Tawney, famosos posteriormente como promotores del *Welfare State*. Casi al mismo tiempo, Charles Booth y B.S. Rowntree publicaron sus famosos estudios *Vida y trabajo del pueblo de Londres y Pobreza, un estudio de la vida de la ciudad*, de 1902 y 1901, respectivamente, que dieron lugar

a medidas más amplias de asistencia social del gobierno liberal inglés que subió al poder justamente en 1906, fecha en que los Flores Magón empiezan en México su memorable campaña en favor de las clases populares.

La Primera Guerra Mundial aumentó en forma notable la intervención del Estado en asuntos económicos y sociales, por imperativos derivados de la situación creada por la guerra. Por demás está decir que la segunda guerra acentuó aun más la intervención del Estado, en beneficio de las clases populares. Por estas circunstancias, no es de ningún modo sorprendente que después de la última guerra, a partir de 1945, se iniciara la transformación del liberalismo clásico al liberalismo social, en los países más avanzados y desarrollados del mundo, en forma pública y acelerada.

Es curioso darse cuenta de que los marxistas, socialistas y comunistas ignoraron estos cambios tan radicales en la democracia occidental y que siguieran atacando a los sistemas democráticos con los mismos argumentos que habían esgrimido en contra del capitalismo voraz y explotador de la primera mitad del siglo pasado. Nunca hicieron distingos entre el capitalismo del siglo pasado y el capitalismo moderno y social de este siglo veinte.

Sin embargo, lo que vino a marcar una nueva época en este cambio del sistema liberal, fueron las tesis del economista inglés John Maynard Keynes que en 1936, en su obra capital *Teoría general del empleo, del interés y del dinero* destruyó las doctrinas manchesterianas de la abstención del Estado, en el campo económico, justificando científicamente la intervención gubernamental en forma amplia, lo que dio lugar no sólo a las políticas económicas sino a las nuevas formas de la economía mixta y a las diversas modalidades del Estado de bienestar, cuya entrada en la historia política ocurre, como ya se dijo antes, a partir de 1945.

El principal argumento del marxismo de que el capitalismo era un proceso de creación de desigualdades sociales y económicas, y de que el equilibrio de la economía sólo podría lograrse con la socialización de los medios de la producción se vino abajo con las teorías de Keynes y la intervención estatal en la economía y en las actividades sociales, en un grado que no ha afectado la estructura democrática de Occidente.

Tengo la impresión personal de que todos estos hechos y

circunstancias que se han reseñado hicieron sentir a la comunidad internacional que el marxismo y el comunismo habían perdido su causa contra el sistema capitalista y que sus regímenes se sostenían sólo por el poder de las fuerzas militares, por el sistema dictatorial y totalitario que se apoyaba no sólo en esas fuerzas sino en el poder de la demagogia populista que apoyaron tan abiertamente en los países subdesarrollados y que éstos aceptaron y siguieron hasta llegar al sacrificio de su bienestar y de sus vidas.

Todo lo que se ha dicho antes debe considerarse y tenerse en cuenta si se quiere emprender una explicación plausible del colapso espectacular y sorprendente del dominio de las doctrinas marxistas y comunistas en el mundo entero, de que todos hemos sido testigos a partir del año de 1988, tan cerca aún de nuestros días.

Esta conciencia universal de que todos los totalitarismos o dictaduras de toda especie han fracasado y la convicción de que la democracia es lo único que funciona ha sido resultado de los estudios y análisis efectuados por la ciencia política, tal como se practica en nuestros días. Ahora es el momento de precisar que por ciencia política entendemos una ciencia interdisciplinaria que utiliza los métodos, procedimientos y técnicas que se aplican tanto en la filosofía como en la ciencia y en el análisis, para el conocimiento de los fenómenos políticos. La ciencia política es como un cruce de caminos, en los que convergen diversos procedimientos, para el conocimiento de una misma realidad. Metodología de amplio criterio, que no ha desplazado de su campo lo que es la esencia de los hechos humanos, que podría englobarse con el término de humanismo. El cientificismo de los métodos analíticos, tal como han sido descritos antes, son claras formas de deshumanización en la cultura contemporánea.

Por supuesto que ésta no es la ocasión adecuada para analizar este gran suceso histórico. Pero sí puede decirse que la consecuencia obvia, en el campo del pensamiento político, es que el único sistema político que funciona, para todos los países de este mundo, es el sistema democrático, que no sólo es él único que ha quedado en pie, en todos estos acontecimientos cataclísmicos, sino que es la única posibilidad que ha quedado para que todos los países puedan organizar su convivencia social, en forma más o menos aceptable y factible. Pero es necesario, ante todo, deshacer un equívoco que

suele desorientar a muchas personas en este punto. Mucho confunden un gobierno popular con la democracia, gobiernos en los cuales sus titulares cuentan con el apoyo entusiasta, fervoroso, casi total del pueblo, para dirigirlos, de acuerdo con sus propias ideas y principios, pero en los que no cuenta la opinión de ese pueblo. Son los dirigentes carismáticos, de que habló Max Weber, que han sabido captar la voluntad de su pueblo, a tal punto, que gobiernan como monarcas absolutos, creyendo que saben lo que quieren sus súbditos mejor que ellos mismos. Gobernantes al estilo de Mahoma, de Hitler o de Saddam Hussein. Por supuesto que estas formas de gobierno no pueden denominarse democracias, aunque sean ampliamente populares.

La segunda observación que quisiéramos hacer es que el sistema democrático es flexible, adaptable a las más diversas condiciones sociales, y que no debe considerarse como un tipo de gobierno rígido, invariable que ha de imponerse a todos los pueblos, como un nuevo lecho de Procasto. La democracia es un largo proceso de perfeccionamiento de la convivencia social, para facilitar y propiciar el desenvolvimiento de la persona humana. Los derechos humanos y las libertades públicas de la democracia, en el fondo, no son sino los instrumentos y los medios indispensables para el despliegue de las posibilidades que tiene el hombre como persona humana. Por lo mismo las democracias tendrán que escalar las sucesivas etapas que el proceso democrático ha mostrado en su desarrollo, desde un despotismo ilustrado, que educa al pueblo en la democratización, hasta la democracia social de nuestros días, con sus etapas de liberalismo social primitivo, la burguesía y otros que escapan tal vez a nuestro conocimiento histórico.

La tercera observación es que la filosofía política que respalda a la democracia es el liberalismo, el principio de que los derechos humanos y las libertades públicas, que son su consecuencia, son su base primordial. Pero un liberalismo social que considera no sólo la libertad como su principio fundamental, sino también la igualdad, las cuales han de considerarse los pilares fundamentales de toda sociedad moderna. Por lo mismo no pueden aceptarse las aseveraciones de quienes han visto en el colapso del marxismo en el mundo la vuelta, simple y llana, al liberalismo más ortodoxo, al más clásico que se funda en el pleno respeto a las mecánicas leyes

del mercado, las leyes de la oferta y la demanda, como el único mecanismo social que debe resolver los problemas económicos, con la consiguiente abstención total del Estado. El liberalismo social será la nueva ideología de los tiempos futuros, no sólo porque es el resultado de todo el proceso histórico que arranca casi con el inicio de la época contemporánea, sino porque es una síntesis dialéctica en la lucha entre liberalismo y socialismo, en la que no ha resultado, a final de cuentas, ningún vencedor sino que la historia ha hecho una combinación de ambos principios opuestos, una unión que aprovecha lo justo de cada posición y rechaza sus excesos y extremismos.

La última observación que quisiéramos hacer es que este consenso universal en favor de la democracia, como única forma política, hace posible y facilita enormemente la constitución de un orden mundial que englobe a todos los pueblos de la tierra, bajo los mismos principios en materia cultural, económica y política, que creemos son las dimensiones en que puede desarrollarse y desplegarse la vida de las comunidades humanas.